

“Legado intelectual de Serge Moscovici”

Universidad Autónoma Metropolitana

Junio 2015

Feminismo: una minoría activa en el campo del conocimiento

Dra. María de Fátima Flores Palacios

Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales, UNAM.

Introducción

En esta ocasión intentaré compartir con ustedes algunas reflexiones personales acerca de las aportaciones que el libro de S. Moscovici “Psicología de las minorías activas” me ha dejado como sujeto político frente a mi compromiso de elaborar conocimiento e intentar construir ciencia desde el saber de sentido común y la experiencia vivida, particularmente de las mujeres, especialmente aquéllas que por su condición étnica, de clase y lugar vulnerado en el mundo han sido excluidas. Durante mi trayectoria académica han sido ellas mi contexto, mi fuente de conocimiento a partir de sus discursos y narrativas traducidas e interpretadas en categorías de análisis centradas en su propia realidad que por lo general sigue siendo de marginalidad e inequidad en las relaciones establecidas en un mundo androcéntrico.

Asumido mi posicionamiento político como académica feminista en esta construcción, intento mantenerme alerta a las implicaciones interpretativas y sesgadas de esta realidad que construyen como su verdad mis sujetos de análisis, y esto implica mantenerse en una tensión constante entre el reconocimiento del saber de sentido común y la gestación de conocimiento. Creo que una de mis herramientas para solucionar o al menos descifrar y mantenerme en esta encrucijada precisamente ha sido el legado epistémico de S. Moscovici (1962/2014), gracias a sus formulaciones teóricas creo que hemos podido avanzar y vislumbrar nuevas formas de explicar el mundo en la psicología social, más allá de los esquemas de medición y de perfiles consensuados bajo la norma, hemos librado un sometimiento intelectual que da sentido de libertad y que nos ha permitido seguir en la utopía de construir sociedades mucho más igualitarias a pesar de que la distancia se mantenga entre la ilusión y el hecho que atropella constantemente mediante estrategias globalizantes que interfieren en las propias identidades generando un doble sentido al sujeto, el de su pertenencia a un mundo sin fronteras pero recrudesciendo la feroz persecución de aquellos que se atreven a cruzar esas mismas fronteras, este es parte del caos social en el que nos movemos y estos sentimientos de ambigüedad e inclusión/exclusión que heredamos desde el siglo XVII son los que constituyen en la actualidad, lo que Z. Bauman llama culturas líquidas (2011), aquellas que no logran generar un sentido de pertinencia, víctimas de un juego de poder que es una categoría central en la obra de las minorías activas. El poder como fuerza intrínseca al ser humano es una visión, no es una fórmula explicativa porque es desde ahí que se reconoce la

influencia social como eje transformador de pueblos enteros. Y esto ha sido abordado de manera extraordinaria también en esta obra.

Hemos retomado el modelo genético como una fuente de explicación porque es desde su epistemología que trascienden los hechos y se cuestionan las realidades como absolutas, facilitando una crítica permanente al sistema que se sostiene en la falacia de la equidad y la promesa de la igualdad, principio básico que se hermana con el feminismo como orientación ética de la vida y que como minoría activa se ha substraído y revelado al sistema hegemónico heteronormativo a lo largo de su historia, constituyendo una de las fuentes principales para el cambio social de hombres y mujeres en las diversas culturas, estas fuerzas de rebelión que condensan ilusiones, anhelos y desafíos representan una revolución en el mundo desde lo más íntimo, cuestionando las sexualidades y relaciones de poder así como a las imposiciones jerárquicas y mecanismos de sujeción del cuerpo y de la mente, que en su evolución han sido perfeccionadas a lo largo de la historia de la humanidad, naturalizando representaciones hegemónicas ancladas a instituciones oficiales que someten desde su discurso y moral a culturas enteras.

Las minorías activas como el feminismo “poseen sus propias posiciones, su marco, sus ideas, propone una solución de recambio” (Moscovici, pag. 285). En este sentido descifrar la función de una minoría, implica considerar todos y cada uno de sus procesos de construcción, pero también conlleva una postura política que entra en el interjuego de la negociación y en la lucha permanente de su propio reconocimiento y, eso es lo que ha hecho el feminismo a lo largo de su historia,

pugnar por la elaboración de derechos y políticas públicas que se asuman también desde la influencia en el sistema.

Es así como hemos llegado al reconocimiento de que la sexualidad no es un asunto personal o una dimensión que se analiza en el cuarto oscuro, es una dimensión social en la que figuran las mujeres particularmente desde su función biológica trastocando indicadores de natalidad y mortandad que se registran en sus propias condiciones culturales, volviendo la sexualidad un asunto de estado mediante la pedagogía sexual para los niños, la naturalización de la diferencia de géneros y el aparato reproductor de las mujeres como foco de atención para la demografía.

La despenalización del aborto en algunos estados del país por ejemplo, ha sido una victoria de este movimiento insistiendo en una ética del derecho a decidir y de esta manera, regresando el sentido de libertad a quienes son las protagonistas de estos hechos.

Cuando S. Moscovici en esta obra, aborda la creación del conflicto como fuente liberadora del sujeto, nos lleva a reflexionar que el conflicto es una condición necesaria para avanzar en los procesos de democracia, de reconocimiento de derechos y de sentido en una cultura viva en la que debe predominar el criterio de inclusión y de injerencia en la toma de decisiones, y es ahí, donde la fuerza de una minoría toma sentido, abriendo caminos insospechados para el logro de sus ideas, objetivos y de sus metas en su quehacer cotidiano.

Fenómenos sociales como la migración, la violencia, la pobreza, el tráfico de drogas con sus repercusiones en la salud y en la decadencia social, así como el crimen organizado, son el panorama social en el que nos movemos, es ahí, donde se requiere del esfuerzo compartido de aquéllos que creemos posible construir un mundo sin estas dolencias, sin estas impunidades que generan un sentimiento de indefensión que agota y enferma comunidades, pueblos y sociedades enteras.

Necesitamos volver entonces a los legados teóricos que explican claramente las tensiones inconscientes entre el bien y el mal que constituye la fórmula explicativa de latencias humanas universales, y que atrapadas en la ansiedad del poder y la avaricia han ido ganando terreno, todo esto para dar no solo una explicación sino salidas que condensen la ganancia del bien por encima del mal en un sentido ético de la humanidad, en resumen que abogue por una lógica de los hechos como fue planteado en esta obra y ese es el compromiso del psicólogo social que adopta una postura crítica ante los acontecimientos que suceden en el espacio de la interacción y hoy más que nunca se requiere de una visión crítica y una postura comprometida que no deje más en el silencio las barbaridades que se comenten día con día.

Por otro lado, quisiera destacar la importancia de la autonomía que también fue abordada en minorías activas desde un planteamiento psicosocial y que hemos retomado desde este eje en nuestras investigaciones pero también desarrollando desde la teoría feminista, el planteamiento en donde no existe la negociación, existe la influencia y la imposición sin temor a la crítica androcéntrica.

La autonomía para el feminismo es clave, debido a que constituye su propia epistemología, su registro en la historia y su fuerza como minoría activa. Se trata de establecer desde este movimiento estrategias que vayan en el sentido de la liberación y por lo tanto, de acceder a la fuerza del conocimiento propio como sujeto de derecho en cualquier espacio social en donde hombres y mujeres nos encontremos, mientras más autónomo es el ideal liberador, más fuerza tendremos en la influencia, esto se explica claramente como un proceso psicosocial en la obra de Moscovici. Sin embargo, desde el feminismo la defensa de la autonomía se ha defendido radicalmente, rechazando ofertas constantes de negociación e integración al sistema que pueden ser perversamente atractivas y ello nos ha garantizado cierta consistencia en este posicionamiento, descartando aquellos efectos intrusivos y alienantes que pueden desencadenar incluso nuevas teorías que sustraen la esencia de un feminismo activo en su radical pureza y consistencia política.

Un ejemplo de esto es la categoría de género propuesta en los años ochenta por el feminismo anglosajón que abrió la puerta de la ciencia al feminismo, introduciendo el debate de la diferencia en la interpretación de resultados científicos. El problema es que en la actualidad, en algunos estudios sociales y naturales podemos encontrar que la esencia de esta propuesta también se ha desvirtuado desde el oportunismo académico al describir y naturalizar los datos de roles como verdades absolutas inamovibles y cargadas de destino.

Esto supone alertar en el uso y manejo de esta perspectiva, porque fácilmente se puede caer en la trampa de describir la diferencia como algo ya dado, negando

el papel que la cultura tiene en estas diferencias y ajustando las inequidades al destino biológico de hombres y mujeres, mucho más cercana al conservadurismo funcional que a la crítica en la cultura. Como ya mencionó P. Bourdieu, “los campos de saber son también campos de disputa” . Quienes asumimos una postura desde el feminismo en terreno de la ciencia, tenemos claro que habrá que seguir velando por la autonomía porque es su propia legitimidad quien justifica su consciencia como menciona Moscovici, incluso amenazando a la mayoría y desafiando permanentemente a la norma hasta lograr esa influencia social que nos reivindica como un movimiento minoritario pero activo que además constantemente intenta romper los estrechos límites de libertad en la que nos movemos.

Si bien las teorías feministas son variadas, el feminismo en su esencia política y ética es el mismo, y esto supone como dice A. Arruda (2010) compartir con el modelo genético la propuesta de conocimiento que pasa por la crítica al pensamiento binario, al reduccionismo y a la creencia en la neutralidad de la ciencia. Por lo tanto lo que conforma al feminismo como minoría activa es su ética, su apuesta en la influencia y el cambio social desde el discurso de las mujeres como experiencia situada en el espacio emergente de constituirse sujeto.

Entonces, ¿cómo hablar de posmodernidad si como dice Haraway “nunca fuimos modernos” aspecto que comparto plenamente, de lo contrario no seguiríamos discutiendo el ejercicio del derecho a la equidad, o ¿acaso la modernidad no es justamente la hipercapitalización del mundo, importando poco o nada los valores, las creencias, la afectividad?, pero ¿que hacer si cuando recogemos el discurso

de nuestros informantes, nos hablan desde esos valores, creencia y afectos?, entonces estamos en un mundo de encrucijadas y caminos no muy claros, constituyendo un espacio/sujeto "ciborg" que se mueve en las contradicciones y límites de su propio contexto pero también de su deseo y del deseo del "Otro".

En América Latina particularmente estas realidades sociales se modelan y estructuran desde "afuera" parafraseando a Galeano, es decir, desde nomenclaturas hipercapitalizadas que no responden a la demanda de los millones de pobres que existen, dejando un espacio de vacíos y limitaciones, contradicciones y anhelos que la psicología social política desentraña desde la afectividad colectiva esa que se encuentra en todas partes y que se materializa en la única riqueza que nos queda, el legado desde el cual orientamos nuestros esfuerzos.